

VISIONARIO EN UN MUNDO DE CIEGOS

Por Manuel Michel

El cine pasa. Los premios pasan. La vida pasa.

En 1931, el Ministro francés del Interior anuncia que se ha otorgado al cineasta Luis Buñuel el título de Comendador de la Legión de Honor, en atención a sus extraordinarios méritos como creador de un nuevo lenguaje fílmico. Su obra, inscrita ya en la historia inmortal del cine francés, habrá de aportar honor y gloria perennnes a Francia. El mensaje enviado a Buñuel alude a los films revolucionarios Un perro andaluz y La edad de oro.

La respuesta es casi inmediata; Luis Buñuel, acompañado por sus amigos André Bretón —cabeza del grupo surrealista— Jacques Prévert, Tristan Tzara, Philippe Soupault y Salvador Dalí (aún no conocido como Avida-Dollars), se presenta en el Ministerio del Interior y se hace recibir por el Ministro a quien abofetea públicamente tras de que Bretón le ha leído una carta que se hará célebre entre otras "de insulto".

o

Esta imposible anécdota apócrifa pudo haber tenido lugar hace unos 46 años. Es cierto que nuestros tiempos no están ya para escándalos de esta índole. Los desacatos y blasfemias pasan apenas por faltas de educación, y eso en algunos círculos limitados. Aún cuando la función pública sigue exigiendo para sí los honores del rango, en muchos aspectos la democracia la ha desacralizado. La inteligencia considera como estúpida la solemnidad extrema. Pero además, ¿qué podrá escandalizar ya, después del asesinato infame y masivo de Nagasaki e Hiroshima, del genocidio de Vietnam y Sudáfrica, de los campos de exterminio hitlerianos, etcétera? ¿Podrá escandalizar una bofetada o un insulto a un funcionario

REPORTE DE LA COMISION DE INVESTIGACION

Por el Sr. D. Juan

El Sr. D. Juan, en el presente informe, en el que

En 1914, el Sr. D. Juan, en el presente informe, en el que
nuestro objeto es el de dar a conocer el estado de la
nuestro objeto es el de dar a conocer el estado de la
nuestro objeto es el de dar a conocer el estado de la
nuestro objeto es el de dar a conocer el estado de la
nuestro objeto es el de dar a conocer el estado de la

La presente es una obra de gran importancia, en la que
nuestro objeto es el de dar a conocer el estado de la
nuestro objeto es el de dar a conocer el estado de la
nuestro objeto es el de dar a conocer el estado de la
nuestro objeto es el de dar a conocer el estado de la

En el presente informe, en el que
nuestro objeto es el de dar a conocer el estado de la
nuestro objeto es el de dar a conocer el estado de la
nuestro objeto es el de dar a conocer el estado de la
nuestro objeto es el de dar a conocer el estado de la

público cuando quedan asesinatos presidenciales, como el de Kennedy, solapados y sin resolver?

°

Por primera vez en su vida, Buñuel acepta oficial y públicamente un honor que no sea cinematográfico, (como los varios premios que lleva en su haber) Universidades celeberrimas le han ofrecido doctorados "honoris causa" que no ha aceptado por que no entra en sus convicciones la estima de estas honras; se le han ofrecido otras preseas oficiales que, o bien ha rechazado o bien no se ha presentado a recoger. En la mayoría de los casos el silencio ha sido su respuesta ante el halago de los honores.

¿Por qué aceptó el Premio Nacional de Artes de 1977? Hasta donde nos es dado saber porque se lo confiere México y porque de alguna manera en Luis Buñuel quiso distinguirse a los transterrados españoles que tanto contribuyeron a enriquecer la vida cultural de éste su país de adopción cuando el fascismo los arrojó de la patria.

La moral surrealista (sí, la hay) de Luis Buñuel no ha sido renegada, pero la vida pasa y las condiciones objetivas de lucha son diferentes. Con frecuencia, en nuestros días, incluso entre gentes de inteligencia y de razón, se considera como muy "divertido" el surrealismo, como muy "vacías" sus ocurrencias. Pasa con el término surrealista algo semejante a lo que ocurre con el término freudiano de "complejo": Cualquiera lo usa y a veces hasta bien; vendedores en la Merced y en la Lagunilla podrán achacarse entre ellos que tienen complejos de inferioridad, o simplemente que están "acomplejados". Así, se dice de México que es un país "surrealista" por querer significar insólito, irracional, fuera de lo común, inesperado, confuso y muchas cosas más.

Por suerte, entre otras cosas el surrealismo explotaba el humor como un antidoto contra la solemnidad de la cultura oficial y de los cultos. ¿No acaso lla-

maban a Claudel, el "gran" Paul Claudel, (diplomático, poeta oficial, dramaturgo cristiano y símbolo de la cultura francesa) ~~es~~ asno solemne? (Buñuel, que no lo olvidó, pone en manos del inspector de policía, zafio y fascista, de Cella — s'apelle l'aurore, las obras completas de Claudel, colección La Pléiade). Pero eso no era todo. Recordemos la carta pública que el grupo le envió cuando era Embajador de Francia en Japón como respuesta a su afirmación de que "el dadaísmo y el surrealismo sólo tienen un sentido: el pederástico". Al final de la carta (julio de 1925), el grupo —al cual se incorporaría Buñuel dos años más tarde— le dice:

"Catolicismo, clasicismo greco-romano, lo abandonamos a usted a sus infames bestias. Que le aprovechen de todas maneras; engorde aún, reviente ante la admiración y el respeto de sus conciudadanos. Escriba, rece y babeé; nosotros reclamamos el deshonor de haberlo tratado, de una vez por todas, de pedante y de canalla". Y un poco más arriba, en la misma carta, hacen una aclaración que les conquistó el odio de la extrema derecha tradicional y fascistoide (ya entonces, aunque sin formularse):

"Aprovechamos la ocasión para desolidarizarnos públicamente de todo lo francés, en palabras y actos. Declaramos que nos parece más conciliable con la poesía la traición y todo cuanto en una y otra forma puede atentar a la seguridad del Estado, que la venta de "grandes cantidades de tocino" por cuenta de una nación de cerdos y de perros". (Alusión a transacciones comerciales logradas por Claudel con Argentina)

Medio siglo después, en Francia o donde sea, resulta impensable que un grupo de intelectuales, manifieste posiciones semejantes. Ocurría, por otra parte, que el grupo surrealista —que en gran medida representó lo más avanzado de la intelectualidad francesa y europea a partir de los años 20— consideraba que lo fundamental de su acción era socavar las instancias más anquilosadas en que se basa la sociedad burguesa-capitalista, para lo cual el escándalo era algo más que un estilo o una expresión formal: era una provocación permanente, una manera de jalar el tapete bajo los pies de la seguridad y respetabilidad institucionales. No

era afán de "divertir" o de hacerse los chistosos. (Como decía antes, afortunadamente también tenía humor.)

Dos fuentes alimentaron en sus orígenes la revolución surrealista: la dialéctica marxista y más concretamente la esperanza que entonces significó la Revolución Rusa, (empantanada años más tarde en la burocracia, la paranoia y la dictadura), y los horizontes que abría el psicoanálisis con su exploración del subconciente, la interpretación de los sueños, la libre asociación de palabras e ideas... El surrealismo fue, ante todo, un intento de rebasar las artes oficiales de la posguerra del 14-18, anquilosadas en el formalismo sin vida, a través sobre todo de la poesía escrita, pintada y esculpida. Buñuel llegó a aportar la poesía filmada. La revolución surrealista no pretendía, es obvio, tomar el poder: quería crear conciencia de la enajenación en la que vive el hombre bajo la férula de Estado y de los principios básicos de la sociedad, enajenación que lo limita no sólo en la vida económica sino en la creativa, erótica, lúdica...

Quería denunciar todo cuanto atenta contra la dignidad de la vida y, por ello, desenmascarar los valores establecidos en cuanto que sólo encubren pretextos para la explotación y el dominio.

Como vemos, esto no resulta muy "divertido". Resulta todo un compromiso que la visión publicitaria corrompió y deformó totalmente. Lo insólito, lo caprichoso, lo irracional, sólo por serlo no son surrealistas. No es el surrealismo una moda, como la minifalda o la solapa ancha o la pantorrilla delgada. Es una actitud moral inscrita en un tiempo determinado y preciso: el del surgimiento del mundo que nos tocó llamar "contemporáneo"; la época en que la solemnidad estúpida y la defensa de los valores "occidentales" permitió el holocausto provocado por los fascistas en Europa, el franquismo, y lo demás hasta el triunfo del capital transnacional.

Alguien dijo que Buñuel es un gran poeta "sin el don de la palabra". Esta con-

cepción del poeta que remite sólo a la palabra es como muy académico y limitante, cuando la poesía busca por medio del verbo poner los conceptos en imágenes... En este sentido, la poesía más acendrada sería la fílmica, porque encuentra sus figuras, sus imágenes, sus metáforas, sin necesidad de filtrarlas por la palabra. Buñuel es el gran poeta surrealista del cine, y yo diría que el único. En sus películas surge siempre el enfrentamiento entre la realidad oficial —que impone reglas del juego sólo cumplidas en cuanto facilitan la explotación, como un mecanismo de conveniencia— y la realidad interna, profunda, de los personajes y situaciones cuyo universo gira en un ámbito de libertad total.

Es obvio que si esto tiene lugar y posibilidad, es porque surge de la propia libertad de Buñuel. Su verdadera inscripción en el surrealismo tiene esta raíz liberadora; la mirada crítica, preñada de humor feroz y alegre que dirige hacia las reglas de convivencia social, religiosa y hasta psicológica de la burguesía, se apoya en una realidad perfectamente comprobable e incluso "por encima de toda sospecha". Lo importante es que Buñuel sabe mirar más allá de la envoltura y de las armaduras, gracias al don de la poesía, de la imagen, del ritmo, de la síntesis que significa la verdadera creación. Y gracias también a su don de la libertad que, curiosamente, le permite moverse en un medio en el que se supone que está más condicionada, como es el cinematográfico. El genio de Buñuel se manifiesta, entre otras cosas, en poder expresarse como un visionario en un mundo de ciegos, sin que nadie sea capaz de reprocharle una falsedad.

Citemos como ilustración, algunos rasgos notables de sus obras maestras. En Los olvidados o El poco hay que en la forma, se aparte perceptiblemente de los cánones habituales. En apariencia están a una distancia sideral de La Edad de oro o de Un perro andaluz. Sin embargo, la estructura poética, la esencia crítica de una realidad a veces atroz que se da no el vacío individualista sino en el plenum social en el que se niegan las posibilidades básicas de la felicidad humana, son el fundamento de las cuatro películas mencionadas como de toda la obra de Buñuel. El celoso de El, manipula el mismo juego de valores tanto en lo que se refiere a la defensa de sus bienes raíces, como a su otra "propiedad". su esposa.

Con las mismas argumentaciones defiende una y otra posesión, con la misma paranoia se siente "robado" en uno y otro caso. Además, en la misma irrealidad se mueve en ambos terrenos, demostrando con sus actos la unidad de la conducta que no es divisible o separable. Nadie puede ser honesto en sus negocios si no lo es en su casa, consigo mismo. No se puede ser desleal a la mujer (al amor) y leal a los principios morales y políticos (al deber). No se puede ser cuerdo en la religión y loco en la moral.

Cuando Buñuel hablaba de El tenía presente un caso que conocía muy a fondo porque había ocurrido a alguien de quien estaba muy cerca. Su inteligencia, su genio de las imágenes, su capacidad de narración hacen que no haya un sólo plano que no tenga una significación real, precisa. Con Los Olvidados ocurre algo semejante.

La realidad que ve y nos hace ver es incontrovertible. Pero no es un "reportaje". Es la recreación poética de una realidad tanto más escalofriante cuanto que ocurre no sólo todos los días sino cada vez más. Lo admirable es que esa denuncia de la criminalidad infantil esté a tal punto informada de ternura y —casi nos atreveríamos a decirlo— de caridad. Pero en este caso se trata de la solidaridad, la "complicidad" que da el poder compartir interiormente, espiritualmente, el sentimiento de culpa de los otros. "El Jaibo", es al mismo tiempo el ser más odioso y el más digno de compasión y de comprensión. Buñuel, solidario, no emite juicios morales de valor y mucho menos de condenación.

Esta mirada de Buñuel sobre el universo de la delincuencia infantil (sinónimo de sufrimiento y de tortura) nada tiene que ver con el panfleto. Creo que no es sólo por esa indescriptible cualidad de "recreación poética" de que hable antes, sino por las virtudes de trasposición onírica que sólo Buñuel posee, entre todos los cineastas de la historia. ¿No son acaso los sueños de Pedro y del Jaibo los que constituyen la explicación total de los personajes y de la obra en Los olvidados ? Nadie ha logrado jamás (ni siquiera el propio Buñuel siempre) expresar

los sueños en el cine como él. Por principio de cuentas ¿qué otra cosa serían Un perro andaluz y La edad de oro sino la versión filmada de un sueño? La irracionalidad, la continuidad "a posteriori", la lógica aberrante y sin embargo - creíble, la gratuidad del contexto y sobre todo la libertad de las imágenes, nos sitúan de lleno en plena vivencia onírica. El, es como la pesadilla racionalizada de una mujer poseída por un paranoico. Lo admirable es cómo Buñuel logra adentrarse en las torturas de ambos: de la víctima y del victimario. Véase también esta cualidad única de la expresión onírica en El encanto discreto de la burguesía, con dos sueños sublimes: el del suicida y el del hombre que, muerto, se encuentra con su madre en el más allá; la sutileza de Buñuel para expresar la vida de los sueños, la vida supra-real, intra-real, no tiene ningún émulo, y esto hunde su raíz en la tierra del surrealismo. Suena frívolo considerar a Buñuel como muy "divertido" para los espectadores intelectuales. Es caer en la trampa de los grupos de poder (moral, político y económico) que han inventado un "surrealismo" de consumo, meramente decorativo. Pero, por otra parte, sería muy estúpido solemnizar la obra de alguien que está convencido de que es de esa manera como se cae en la burrez metafísica.

— o —

El cine pasa. Los premios pasan. La vida pasa.

Creo que Buñuel (que cumple 78 años el 22 de febrero), es el ser menos vanidoso que he conocido, el menos soberbio, el menos infatuado. Su lucidez, su modestia y su conciencia crítica, no sólo nos enseñan, sino que le permiten a él vivir en esa coyuntura que es menos de un instante en la Historia. Hace 46 años Buñuel hubiera quizás abofeteado (al menos simbólicamente) a quien le propusiera un premio oficial. Hubiera sido no sólo justo, sino maravilloso. Hoy, en 1977, lo acepta. Es justo y maravilloso también, porque demuestra que sin renunciar a los ideales, a los principios, a la conciencia, como consta en su obra, se puede también convivir con los otros y de manera efectiva mostrar su solidaridad y comprensión.

